18

Rom-1

ROMANCE NUEVO

EL HALLAZGO DEL CADAVER.

Por. D. M. A. Ygual.

No muy léjos de Vitoria,
en la gran peña cerrada
se halla una cueva, que un tiempo
fué asilo de gentes malas.
Unos hombres cierto dia
por aquel sitio pasaban,
y por huir de la lluvia,
en aquella cueva entraban.
Y alli hallaron con asombro
una calabera humana,
y un papel, que esto decia,
sin faltar una palabra.
Yo soy Serafina Alcázar,
que he sido de estas montañas
el asombro y el terror,
y la que hizo muertes tantas.
Cuando mi cuerpo se encuentre,
mi conciencia aqui me manda
que se halle escrita mi vida,
porque no se ignore nada.
Hija fuí de padres ricos,
entre regalos criada;
y hasta que veinte años tuve,
viví como Dios nos manda.
Puse amor constante y fino
á Don Pedro de Lasauca,
jóven de prendas muy nobles,
si bien de fortuna escasa.

Pero mi padre y mis tios
me tenian empeñada
con D. Luis de Vendaval,
rico y de noble prosapia.
A mis llantos y gemidos
sordos mis padres estaban,
y mi boda á toda prisa
con D. Luis preparaban.
Yo que con ódio mayor
cada dia le miraba,
viendo ya que sin remedio
se queria mi desgracia:
Con D. Pedro huí una noche,
noche cruel, noche infausta,
pues que fué mi amante en ella
muerto á doce puñaladas.
Una banda de asesinos,
que aquel pais infestaba,
al encuentro nos salió,
al robo determinada.
Viéndome jóven y hermosa,
horror el decirlo causa:
diez eran los foragidos,
yo sola y desalentada.
Ponga un velo la verguenza,
y sabed que á la mañana
en una cama me hallè,
de esos monstruos rodeada.
Entre llantos y gemidos
les pregunté donde estaba:
digeron que en una cueva,
que seria mi morada;
Pero que no me afligiera,
que aunque viviera encerrada;
si á su gusto les servia,
no me faltaria nada.
Hiciéronme entrar entonces
á unas grandiosas estancias,
que la gran cueva tenia
guarnecidas y halajadas.
De los robos, que hecho habian,
allí el deposito estaba;
con provisiones de boca,
y vinos de especies varias.
Despues que todo esto ví,
á otro cuarto me llevaban,
que era el último de todos
los que en la cueva se hallaban.
Allì habia... Virgen pura....
se me añuda la garganta,
al recordar el horror
de que se cubrió mi alma.
Allí habia calaveras,
huesos de persona humana,
cadáveres sin cabeza,
y mugeres degolladas.
Niños sin brazos ni piernas,
y entre aquel horror estaba
una muger, que tenian
con fuerte argolla amarrada.
A poca distancia de ella
un hombre robusto estaba,
tambien atado á una argolla,
y á una cadena pesada.
Dijo un ladron = aqui están,
porque la intencion malvada
tubieron de huir un dia,
pero bien caro lo pagan. =
Mientras esto me decian,
otro ladron se llegaba,
y les dijo: ánimo, amigos,
que un gran botin nos aguarda.
A dos leguas de este bosque
pasarán esta mañana
unos arrieros muy ricos
que vienen desde Vizcaya.
Salgamos al punto todos,
quede de guardian Simancas;
y volveremos sin duda
con lo mejor de sus cargas.
No bien acabó de hablar,
cuando toda la canalla
se fué con él presurosa,
dejàndome á mi encerrada.
Era mi tristeza mucha,
y viéndome tan postrada,
dijo Simancas: muger,
si quieres pronto estás salva.
Los dos, que presos están,
con migo de acuerdo andan,
para huir de aquesta cueva,
robando á la otra canalla.
Tres hay tambien de los otros,
que hacen parte en la maraña:
y tan solo una ocasion
para hacerlo se esperaba.
Si consientes en ser mia,
y seguirme donde vaya;
saldremos con los tesoros,
que en esta cueva se hallan. =
En esto corrió á soltar
la muger y al camarada,
quienes viéndose ya libres
con contento se abrazaban.
Por salir de aquel lugar
donde me hallaba encerrada,
de Simancas juro ser,
y seguirle donde vaya.
En esto con unos hierros,
que por alli se encontraban,
aunque era fuerte la puerta,
conseguimos arrancarla.
Al instante de la cueva
sacamos muchas alajas,
y cargamos cuatro machos,
que aun en la cuadra quedaban.
Bien provistos y animosos
salimos á la campaña,
cuando otros tres compañeros
á la cueva regresaban.
Eran de Simancas amigos,
y como de acuerdo andaban,
se escaparon de los otros,
y á los nuestros se juntaban.
Siete eran nuestra cuadrilla
provistos de todas armas:
cinco hombres y dos mugeres,
y yo ya desesperada.
Dejamos la cueva abierta,
y marchábamos con pausa;
pero dimos con los otros
à una media legua escasa.
Acometiéronnos ellos
llenos de furiosa rabia;
mas no acertaron un tiro,
y los nuestros no se erraban.
De cinco que alli venian,
á la primera descarga
cuatro cayeron heridos;
el quinto se nos juntaba.
Mas biendo que era el que hizo
en mí la primera infamia;
apenas le tuve cerca,
el pecho le abrí á estocadas.
„ Paga, le dije, traidor,
paga tu accion temeraria,
pues estoy por tí sin honra,
la vida à mi furia acaba. „
Corrimos à los heridos,
y con mano sanguinaria
les cortamos las cabezas,
y les tomamos las cargas.
Huimos à toda prisa,
que iba entrando la mañana,
y á pocos dias de andar
nos hallamos en Vizcaya.
Dos años vivì con ellos
feroz y desenfrenada;
y me cubrí de delitos,
que horror el contarlos causa.
Qué infamias no cometimos!
que maldades! que desgracias!
mas vidas quité yo sola
que todos los de mi banda.
Y como ya con nosotros
otros y otros se juntaban,
al que no me obedecia
le daba muerte inhumana.
Aunque siempre la conciencia
me roía las entrañas;
por la muerte de D. Pedro
estaba desesperada.

Col. Compte

Y la infame compañía
de aquellos con quien andaba
de un delito á otro delito
con su ejemplo me incitaba.
A un padre aborrecia,
á mi madre detestaba,
y beber su sangre odiosa
pretendia con gran ansia.
Tan horrenda fué mi suerte
que estando en una montaña,
detuvimos unos coches,
que á Madrid se encaminaban.
Iban mis padres en ellos,
y al verles, desatinada,
al padre maté de un tiro,
y á mi madre á puñaladas.
De la sangre, que vertia,
iba yo á beber ayrada;
cuando espirando la triste,
conocióme y me miraba.
Hija infelice, me dijo:
tu con nuestra vida acabas;
mas yo rogaré por ti,
y el cielo oirá mis plegarias.
Grandes tus crìmenes son,
y al cielo piden venganza:
pero Dios es compasivo:
y asi mira por tu alma.
Al decir esto, espiró:
y como si sus palabras
fuesen una voz del Cielo,
me dejaron asombrada.
Horror me daba yo misma,
y ni un punto descansaba,
meditando en mis delitos
y en mi suerte desastrada.
En la noche de aquel dia
llorando desconsolada,
sin que pudiese dormir,
casi me desesperaba.
Cuando me pareció ver
á mi misma madre amada,
dicièndome: penitencia,
que Jesucristo te llama.
En aquel instante mismo,
como si fuese inspirada,
en secreto me escapé
de aquella gente malvada.
Y como cerca de allì
un monasterio se halla,
me presenté à la priora,
llorando desatinada.
Contéle mi horrenda vida:
mis crímenes y desgracias,
y un asilo le pedia
donde viviese ignorada.
Túvome allí algunos meses,
donde con lágrimas tantas
mis pecados confesé,
que Dios sosegó mi alma.
Pedí al padre confesor
poder vivir solitaria,
y me señaló esta cueva,
en donde estoy retirada.
Aquí en lágrimas continuas
pido al Cielo con confianza,
que mis delitos perdone
con su sangre soberana.
Que yo resignada á todo,
le pido con vivas ansias
que haga sufrir à mi cuerpo,
con tal que se salve mi alma.
Ojalá que con mi historia
escarmienten las muchachas,
y vean á que se esponen,
las que abandonan sus casas.
Y así roguemos á Dios
y á su madre soberana,
que nos de á todos un dia
del paraiso la entrada.

FIN.

Barcelona: Propiedad de la imprenta de Ignacio Estivill. 1846.